

Club Breton, club formado por expresa recomendación de los cuadernos de Bretaña. Así cada grupo tenía su centro y de ellos partían las consignas á todos los diputados.

Interesante es la historia sin duda alguna de la reunión de las tres comisiones. Partiendo del supuesto de la inferioridad intelectual del Tercer estado, se trató de burlarles y de hacerles caer en el lazo de constituir su orden. Cuando se convencieron de que esto era imposible, se trató de sorprenderles

por medio de un plan de conciliación que Necker, que aún se creía la columna del pueblo, había ideado para arreglar todas las diferencias. Pero toda la habilidad del director general fué poca para cubrir su pensamiento del todo favorable á las órdenes privilegiadas, aún cuando éstas, la nobleza en particular, se apresuraron á demostrarle su desagrado, sin que el ministro comprendiera que ya la oposición se hacía á su persona. Así fueron arrastrándose las deliberaciones hasta el día 9 de Junio.



LAMOURETTE

En el interin el Tercer estado había recibido el refuerzo de los diputados de París y entre éstos venían, como ya sabemos, Bailly, Sieyes y Guillotín. El día 1 de Junio Bailly fué elevado á la presidencia ó al decanato del Tercer estado. Su toma de posición le puso ya desde el primer momento á prueba. Había acordado el Tercer estado que se hiciera presente al rey la conducta de la nobleza, redactándose al efecto un mensaje, y la, antevíspera de la elección de Bailly contestaba el Guarda-sellos diciendo que el rey señalaría día y hora á su tiempo para recibir la comisión encargada de presentarlo. Esto era el día 30 de Mayo. El día 2 de Junio, Bailly comunicaba á sus colegas la noticia de que en la Cancillería se le había dicho que el rey no podía señalar día ni hora á causa del estado de la salud del Delfín. ¿Cuál fué el resultado de esta contestación tanto más extraordinaria cuando todo el mundo sabía que diariamente recibía el rey las co-

misiones del clero y de la nobleza? Que Milscent haciéndose eco del disgusto general propusiera «que los diputados de las comunas, no pudiendo reconocer intermediario alguno entre el rey y su pueblo, encargaba á su decano que se dirigiera directamente á S. M. para suplicarle que indicase á los representantes de las comunas el momento en que podría recibir á la diputación encargada de presentarle el mensaje.» Esto podía ser atrevido pero no incorrecto. Bailly no pudo excusarse y como á su talento no se ocultaba la oposición que había de encontrar, en previsión de nuevos y más enérgicos acuerdos, buscó la manera de allanar las dificultades.

Una vez levantada la sesión, tomó consejo de varios de sus amigos incluso Mirabeau y con la aprobación de todos se fué á ver directamente á Necker. Enterado éste de lo que le llevaba á su despacho, dudó buen rato en lo que debía hacer, pero vencido por las instancias de Bailly, se decidió á

subir á los aposentos del rey en su compañía, pasando empero solo al cuarto real. A poco regresaba diciéndole que el rey consentía en recibirle siempre

que tomase por el conducto ordinario, es decir, que pidiera la audiencia por medio del Guarda sellos. Bailly se resigna y corre al encuentro del Guarda-



ROBESPIERRE

sellos. De Barentin estaba ausente de sus habitaciones, pero apenas hubo llegado y después de desahacerse en excusas se ofrece á presentarlo inmediatamente al rey. Pero apenas hubieron llegado á la cámara real, supieron que el rey había salido para

Meudon en donde estaba espirando su hijo. Por la noche el rey se excusó por medio de un billete, pero en éste se decía que en su estado «no podía señalar ni mañana ni otro día alguno para recibir la diputación del Tercer estado.» ¿Puede darse conducta

más desatentada con una representación que cada día iba haciéndose más exigente en vista de la actitud de la corte? ¡Y sin embargo, quién creyera, de no haberlo contado Bailly que el verdadero motivo de no recibir la dicha comisión era el ceremonial que para ello debía seguirse! Quería la corte, quería el rey que el Tercer estado le presentara su mensaje y le hablara de rodillas, y como se presentaba la repulsa del Tercer estado se temió menos irritarle y desdenarle que faltar á la etiqueta. Así cuando el 6 de Junio se cedió y convino en recibir la comisión del Tercer estado esta satisfacción no calmó el agravio, que las atenciones que la fuerza arranca no las agradece ni el corazón ni la educación.

En este mismo día se trató de sorprender al Tercer estado de otra manera. Una diputación del clero presidida por el obispo de Nimes se presentó á los comunes para que nombrasen una comisión, al efecto de que poniéndose de acuerdo con las que nombrasen el clero y la nobleza se resolviera lo conveniente para remediar la subida del pan y la miseria pública. Bailly que presidía vió el lazo que se le tendía y se apresuró á declarar al obispo, que al efecto nada más conducente que las dos órdenes vinieran á la sala común, aprobaran sus poderes y se tratara del asunto. Con esta respuesta se retiró el obispo y todo el mundo aprobó la contestación del decano, y esta fué comunicada á las dos órdenes superiores.

Al día siguiente, el Tercer estado votó el reglamento que había de presidir á sus deliberaciones. El pueblo iba pues organizándose.

Hasta aquí el sistema de la resistencia pasiva no había dado resultado alguno favorable. Sólo la corte triunfaba, pues, de hecho, resultaba que no había *Estados generales*, y esta situación que, al prolongarse llevaba la irritación á las provincias, y producía movimientos alarmantes, no inquietaba tanto á la corte como las pretensiones del Tercer estado. Perdida la paciencia por los que habían resuelto hacer de ella su arma de combate, resolvieron cortar los cables como dijo Sieyes el día 10 de Junio y lanzarse por los procelosos mares de la vuelta á lo que saliese.

Sieyes aún no había tomado la palabra en la Asamblea, porque como hacía pocos días que pertenecía á ella no quería aparecer como un director absorbente, un Malouet ó un Mirabeau. Pero en el 10 de Junio nadie más autorizado que él para trazar á los representantes de las Comunas de Francia su nueva marcha política. ¿Acaso no era el

hombre que había definido lo que era, lo que quería y á lo que debía aspirar el Tercer estado? Su justa celebridad, su popularidad, su carácter eclesiástico, todo contribuía á que su palabra fuera escuchada con religiosa atención.

Principió, pues, recordando cuanto había pasado desde la apertura de los *Estados generales* para establecer las responsabilidades con todo rigor y deducir la conclusión formidable de que se dirija una última intimación á las clases privilegiadas, invitándoles á reunirse con el Tercer estado para discutir en común sus poderes, previniéndoles que de no hacerlo, el Tercer estado se constituiría en Asamblea activa por sí solo y no reconocería en ellos su cualidad de diputados. Esta proposición iba á ser aclamada mejor que votada, cuando apuntó la oposición sistemática que siempre había entorpecido la acción, haciendo ver lo aventurado y extremado de la resolución que se proponía, pero como precisamente el Tercer estado creía que era llegado el caso de desplegar toda su energía, estas advertencias le enardecían en vez de amedrantarle. Sin embargo, hubo que discutir largamente la proposición y sólo en la sesión de la noche fué votada sin oposición.

¿Qué iba ahora á suceder? En la sesión del 12, en vista de que el clero y la nobleza no daban señales de vida, pasaron á cumplir lo acordado nombrando á Bailly presidente interino, y secretarios á Camus y Piron de Galland. Constituída la mesa se fueron llamando á los representantes de Francia por baillías y estas por orden alfabético para que presentasen sus poderes. Llamábase en primer término á los *Señores del clero*, y como no se presentaban, hacían constar en la acta que *nadie se ha presentado*. Se hacía luego lo mismo con la nobleza y por último se llamaba al Tercer estado haciendo constar los poderes que se presentaban. Al día siguiente, 13, al llamar á los diputados del clero de la senescalía del Poitou, tres eclesiásticos se presentaron ofreciendo entregar sus poderes, siendo acogidos por todos con los mayores aplausos y transportes de alegría; y como el ejemplo es contagioso, al día siguiente, 14 de Junio, ya no fueron tres sino muchos más los clérigos que acudieron al seno del Tercer estado, entre estos Dillon, Gregoire y otros no tan significados, repitiéndose con ellos las entusiastas manifestaciones de la víspera.

Ahora bien, cuando esos desprendimientos auguraban ya lo que había de suceder, el rey consiente por fin en recibir á Bailly, y á la comisión encargada de entregarle el mensaje acordado en virtud de la

proposición Sieyes, para no decir á estos sino que se hacía cargo de su *Memoria* y que ya les contestaría. En efecto, contestó, pero sólo el día 17 por la noche cuando ya los *Estados generales* habían pasado á la historia y no existía más que la *Asamblea nacional*.

Fué por la mañana del 15 de Junio, cuando Sieyes que ya previamente había hecho discutir su proposición en el club Breton, la formuló en los siguientes términos: Que la Asamblea proclame «que le pertenece y sólo á ella pertenece interpretar y presentar la voluntad nacional; que la obra común de la restauración nacional, puede y debe principiarse sin retardo por los diputados presentes, debiendo seguirla sin interrupción y sin obstáculo; y que entre la Asamblea y el trono no puede existir ningún veto ni otro poder negativo.» En fin, Sieyes proponía que la Asamblea se llamara *Asamblea de los representantes conocidos y comprobados de la nación francesa*.

Barrere y Mirabeau fueron los primeros en discutir no la proposición sino el título. Entrambos comprendían que en los momentos de acción es necesario fijar claramente las ideas por medio de fórmulas muy precisas, por lo mismo que estas fórmulas se convierten en banderas, pero Mirabeau que una y otra vez había llamado á la reunión la *Asamblea nacional*, no se atrevió á proponer este nombre. Cuando Mirabeau hubo fijado la atención sobre el título de su preferencia como prenda de su liberalismo, penetró en el fondo de la cuestión y como verdadero monárquico que era, poco tuvo que esforzarse en demostrar las herejías de la proposición de Sieyes. Este, como hemos visto, negaba al rey el derecho de sancionar los actos y acuerdos de la Asamblea que habían de convertirse en leyes por la simple promulgación de la Asamblea, en quien ponía el canónigo Sieyes toda la soberanía, y como Barnave había apoyado á Sieyes y dicho «que cuando el pueblo ha hablado, la sanción real es inútil.» Mirabeau le replicó diciendo: «Pues, yo, señores, declaro que el veto del rey es hasta tal punto necesario, que mejor preferiría vivir en Constantinopla que no en Francia sino existiera.» Tal era la posición que Mirabeau tomaba públicamente al iniciarse la revolución. Estaba de lado del rey y de la monarquía, y sin embargo, hasta su muerte los monárquicos le consideraron como su más implacable enemigo. A más de los citados, discutieron la proposición Mounier, Petion, Villeneuve, Chapelier, Turgot, Camus, Rabaut-Saint-Etienne y Thouret, apoyando unos á Sieyes otros á Mirabeau,

y sólo cuando ya la discusión parecía agotada habló Malouet abogando por la constitución del Tercer estado en Cámara separada, pero con un título modesto y conforme á los antiguos usos, que le permitiría continuar con el rey las negociaciones de una inteligencia de las tres órdenes, pero con todo esto sólo se logró pasar las horas de discusión del 15 para comenzarla de nuevo el 16, volviendo á la pelea Mirabeau y Mounier.

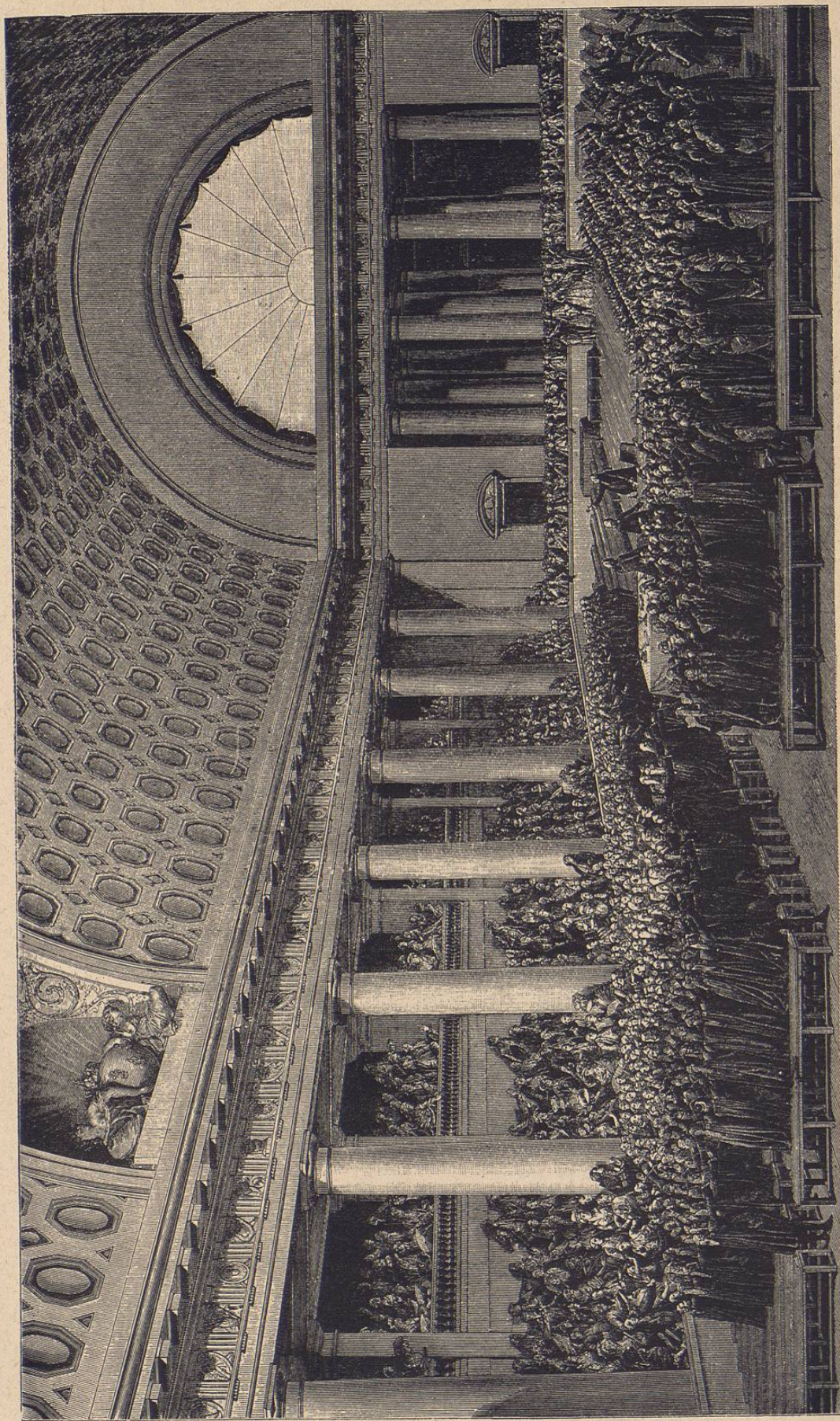
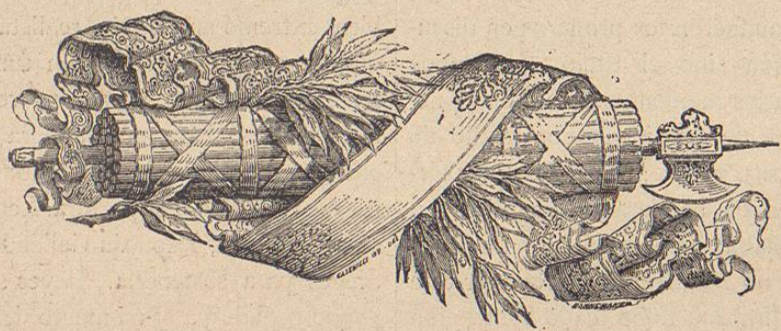
Intervino también Camus para negar al rey el veto de una manera absoluta, y como ya se estuviera para levantar la sesión de la mañana, Legrand propuso que se terminase el debate tomando la Asamblea el nombre de Asamblea nacional; pero nadie le hizo caso. El debate por lo pronto versaba sobre el fondo de la proposición de Sieyes y no sobre el título que debía llevar la Asamblea.

Por la noche, y por tercera vez, Mirabeau y Mounier volvieron á la carga, y Mirabeau, cegado por el despecho, al ver que no podía arrastrar la Asamblea, extremó su criterio realista hasta parecer lo que no era, promoviendo un tumulto general que, apenas apaciguado, y para prevenir su repetición, hizo que se pidiera que se diera el punto por suficientemente discutido. Sin embargo, tres oradores usaron todavía de la palabra. Legrand para renovar su proposición, Pison du Galland para aminorarla y Sieyes para sostenerla. Sieyes se fué á fondo, creyendo llegado ya el momento del atrevimiento. «El título de *Asamblea nacional*,—dijo,—es el único que conviene á la Asamblea, en el estado actual de cosas, ya sea porque los individuos que la componen son los únicos representantes legítimos y públicamente *conocidos y comprobados*, ya porque son enviados directamente por la casi totalidad de la nación, ya, en fin, porque siendo la representación *una é indivisible*, ninguno de los diputados, cualquiera que sea la orden que lo ha elegido, no tiene derecho alguno á ejercer sus funciones por separado de la dicha Asamblea.» Sieyes, por fin, adoptaba la proposición de Mounier de que se dirigiera un mensaje al rey dándole cuenta de las razones que habían determinado tales resoluciones, y, sin más discusión, se puso á votación, no sin que algunos pidieran que la discusión continuase. Los que se oponían tenían á Malouet á la cabeza, y como ya iba á sonar la media noche, se dejó hasta el día siguiente, para que no se les tachase de obrar con precipitación, la votación que iba á iniciar el movimiento revolucionario.

Llegó, por fin, el día 17 de Junio, y, sin más discusiones ni tumultos, 491 votantes, contra 89 ó 90,

se declararon *Asamblea nacional*, y aún figuraban en la minoría hombres que, como Mounier, había votado no por la cuestión del título, y éstos lo pagaron caro, pues fueron señalados á la vindicta pública, al igual de los Malouet y consortes. Y esto

no hay que exagerarlo. El pueblo no comprende que se pueda votar contra él por cuestiones de forma ó de detalle. Mounier comprometía, pues, su popularidad, por no haber sabido distinguir el equívoco á que se prestaba su voto.



JURAMENTO DE LOS DIPUTADOS DE LA CONSTITUYENTE, EN 17 DE JUNIO DE 1789. (De un grabado de Moreau menor).